

NADA ES MIO

¿Me preguntas ¡oh, Rosa! cómo escribo,  
de qué manera, con menudas hojas,  
cintas de seda y pétalos de flores,  
voy construyendo estancia por estancia?  
¡Yo mismo no lo sé! Como la tuya  
es, Rosa de los cielos, mi ignorancia!

Yo no escribo mis versos, no los creo;  
viven dentro de mí; vienen de fuera:  
á ése, travieso, lo formó el deseo;  
á aquél, lleno de luz, la Primavera!  
Á veces en mis cantos colabora  
una rubia magnífica: ¡la aurora!

Hago un verso y lo plagio sin sentirlo  
de algún poeta inédito, del mirlo,  
del parlanchín gorrión ó de la abeja  
que, silbando á las bellas mariposas,  
se embriaga en la taberna de las rosas.  
Los versos que más amo, los que expresan  
mis ansias y mis íntimos cariños,  
esos versos que lloran y que besan,  
¿sabes tú lo que son? Risa de niños.

Otras veces me ayudan las estrellas,  
y sus rayos de luz trazan en mi alma  
líneas celestes y figuras de oro.  
Aquel soneto á Dios es del Boyero;  
de Sirio deslumbrante, esa cuarteta,  
y ese canto á la rubia que yo quiero  
fué escrito por la cauda del cometa.

Yo escucho nada más, y dejo abiertas  
de mi curioso espíritu las puertas.  
Los versos entran sin pedir permiso;  
mi espíritu es su casa: Dios los manda

con cédula formal del Paraíso  
 para que aloje á la traviesa banda.  
 Algunos á mis castas ilusiones  
 escandalizan con su alegre charla:  
 esos son los soldados, los dragones,  
 los que traen, en su clámide sombría,  
 "húmeda noche tras caliente día".  
 Otros de aquellos huéspedes pequeños  
 se detienen muy poco; los risueños,  
 cantan; mis penas con su voz consuelan,  
 ¡sacuden las alitas y se vuelan!

Lo tristes... ¡Esos sí que son constantes!  
 Alguno, como lúgubre corneja,  
 posada en la cornisa de la torre,  
 mientras la noche silenciosa corre,  
 hace ya mucho tiempo que se queja!

No soy poeta; ¡ya lo ves! En vano  
 halagas con tal título mi oído,  
 que no es zenzontle ó ruiseñor el nido,  
 ¡ni tenor ó barítono el piano!

## LÁPIDA

Mucho silencio bajo los pinos;  
 la luz apenas se atreve á entrar  
 en esa calle de verdes tuyas,  
 donde se enreda la obscuridad.

¡Cuántos amigos en los sepulcros  
 de blanco mármol ó piedra gris!  
 ¡Cuántas alfombras de "no me olvides"  
 miro olvidadas en el jardín!

Abajo, siembras, techos y torres,  
el panorama de la ciudad;  
el terso lago que duerme inmóvil,  
¡la caravana que lenta val

Y en este cerro desnudo y triste,  
el alta reja, la férrea cruz,  
y un jardinero que, indiferente,  
mira el cortejo del ataúd.

Ya hemos llegado; ya abren la fosa;  
suenan los golpes del azadón,  
y el sacerdote, breviario en mano,  
reza las preces á media voz.

Los circunstantes, formando grupos,  
muy pensativos la fosa ven,  
y cada uno se dice triste:  
¿cuándo en su seno reposaré?

Otros recorren las avenidas,  
los epitafios leyendo van;  
hablan de aquélla que ya no existe,  
de la que llevan á sepultar.

¡Cuántos semblantes que nada dicen!  
¡Cuántos dolientes de mal humor,  
porque se alargan las ceremonias,  
corren las horas y quema el sol!

Unos se burlan de los sepulcros;  
otro contempla con ansiedad,  
la tierra obscura, la blanca tumba  
¡donde sus padres durmiendo están!

Sobre la arena recién regada,  
descansa inmóvil el ataúd...

.....  
y en esa caja negra y angosta,  
¡ya para siempre reposas tú!

PARA UNA HERMOSA

¿En qué verso, en qué mágica leyenda  
de poeta gentil, hube entrevisto  
de tu hermosura el resplandor? ¿Fué acaso  
en un lienzo de Rubens? ¿En Virgilio?  
¿De Bion de Smirna en el fragante idilio,  
ó en las estrofas del gallardo Tasso?

¿Eres la fresca y joven campesina  
que Anakreón cantó? ¿La virgen noble  
que al cruzado esperaba en el castillo?  
¿De mirtos y de rosas la corona

ciñe graciosa tus ebúrneas sienes?  
¿Ó, fugitiva, del Olimpo vienes,  
y te llamas ¡oh prófuga! Pomona?  
¿De qué rosas les ángeles formaron  
tu epidermis suave? Dí: ¿las brisas  
nacen entre tus labios, y allí apuran  
la frescura que tienen tus sonrisas?  
¿Eres la hermosa y joven hechicera  
que abre las puertas del jardín de Armida,  
ó viniste entre flores á la vida  
á la vez que nació la Primavera?

Sólo sé que tu encanto  
almas subyuga; que, por ti hechizada,  
vive la luz en tu pupila hebrea,  
y que, ufana, riendo, coquetea  
en tu limpia mirada.

Sólo sé que al mirarte recordamos  
las altivas y jóvenes guerreras  
de fuertes brazos y arrogante cuello,  
que cruzaban las árabes colinas,  
y que en tu negro, undívago cabello,  
aún proyectan su sombra las sabinas.

Sólo sé que formaron los amores  
tus pupilas, con noches tropicales;  
tus labios coquetones, con corales;  
y tu cuerpo, con flores!

#### PARA ENTONCES

Quiero morir cuando decline el día,  
en alta mar y con la cara al cielo;  
donde parezca sueño la agonía,  
y el alma, un ave que remonta el vuelo.

No escuchar en los últimos instantes,  
ya con el cielo y con el mar á solas,  
más voces ni plegarias sollozantes  
que el majestuoso tumbo de las olas.

Morir cuando la luz triste retira  
sus áureas redes de la onda verde,  
y ser como ese sol que lento expira:  
algo muy luminoso que se pierde.

Morir, y joven: antes que destruya  
el tiempo aleve la gentil corona;  
cuando la vida dice aún: soy tuya,  
aunque sepamos bien que nos traicional

#### Á CECILIA

Busco en mi alma lo más obscuro,  
lo más secreto que exista en mí,  
la estrofa virgen, el verso puro...  
¡Y nada encuentro digno de tí!

Llamo á mis versos y ya se han ido.  
¿Por qué, insensato, los prodigué?  
¿Por qué en mi alma, como en un nido,  
para este libro no los guardé?

¡Volved, oh versos de castos días!  
 ¡Volved, alondras de la ilusión,  
 y de perfumes y de armonías  
 llenad de nuevo mi corazón!

Suave repique de la campana,  
 toque del alba, místico acento,  
 que la novicia por la mañana  
 oye en la celda de su convento...  
 ¡Suave repique de la campana,  
 llena de nuevo mi pensamiento!

Fresco perfume de aquellas huertas  
 acurrucadas en la alquería,  
 que de las rosas recién abiertas  
 brotas apenas despunta el día...  
 ¡Fresco perfume de aquellas huertas,  
 llena de aromas el alma mía!

Plumas de cisne, pieles de armiño,  
 copos de nieve, cutis de niño,

alas intactas de tortolitas,  
 pétalos blancos de margaritas,  
 dadme un momento vuestra blancura  
 y mis estrofas de vida llenas,  
 serán por castas, nobles y buenas,  
 dignas, Cecilia, de tu hermosura.

Mi compañera, musa divina,  
 la del vestido de muselina,  
 ¿por qué no vienes? ¿En dónde estás?  
 Ven un instante, baja ligera,  
 lleva mis flores á donde espera,  
 y luego, musa, mi compañera,  
 ya para siempre me dejarás.

¡Ven tú, la blanca, tú, la inocente,  
 la que levantas limpia tu frente,  
 la que á mis padres canta en mi hogar,  
 la que á la virgen púdica reza,  
 y en la guirnalda de su cabeza  
 trae botones del azahar!

Tengo otra musa, la profanada,  
la que insensata, desesperada,  
en los festines su canto alzó;  
pero esa musa, de suelto traje,  
llevar no puede ningún mensaje  
para la amiga que tengo yo.

Toma mis flores: llega á su puerta,  
pasa muy quedo los corredores;  
si está dormida, mientras despierta  
sobre su mesa deja mis flores.  
Déjalas y huye; pasa de prisa,  
como las ondas, como las nubes...  
Sus labios abre dulce sonrisa...  
¡Es que está hablando con los querubes!  
No te detengas á contemplarla:  
te diera envidia su gentileza;  
pasa de prisa sin despertarla  
y vuelve á casa con mi tristeza;  
rápida corre con pie ligero;  
lleva mis flores: aquí te espero.

¡Que no las toque, que no las mire;  
basta á mi anhelo que las respire!  
¡Que abandonadas en esa estancia,  
mientras dichosa yace dormida,  
llenen la alcoba con su fragancia!  
¿No es la fragancia toda su vida?  
¡Nada la digas! ¡Deja mis flores!  
¡No las anhelan ni las esperan!...  
¡Pasa de prisa los corredores,  
y deja, musa, que allí se mueran!

## PARA LA CORONA FÚNEBRE

DE LA

SRA. JUANA DIEZ GUTIÉRREZ  
DE DIEZ GUTIÉRREZ

Venid, cantores, y de rosas frescas  
cubrid el ara sepulcral: suspire  
la brisa tremulante su elegía;  
huya la luz... y silencioso expire,  
¡sin esperanza, sin consuelo el día!

Si la muriente claridad suave  
ha de encontrar, al toque de oraciones,  
el amoroso nido sin el ave,  
y en el rosal los huérfanos botones;

si ha de ver á los niños enlutados  
muy tristes regresar por el camino,  
con los ojos diciéndose callados:  
—¡Volvieron á engañarnos... y no vino!

Si la hora de amor y de reposo,  
cuando se busca en el hogar la calma,  
no ha de traer para el amante esposo  
más que la inmensa soledad del alma;  
¡huya que nadie su llegada espera,  
y todo en sombras y silencio mueral

¡Salid, salid, estrellas pensativas!  
Nunca de vuestros rayos se recata  
quien llora por las dichas fugitivas  
que rápida la muerte le arrebató!  
¡Salid, salid! Á vuestra luz silente  
más diáfana se torna la blancura,  
y de la estatua funeral, viviente  
parécenos la pálida hermosura.

Hora de los encuentros milagrosos,  
de las citas con seres ya perdidos,  
si te olvidan, gozando, los dichosos,  
te buscan con afán los afligidos.  
Llega, tú, la que guardas el secreto  
de la perenne, inextinguible vida;  
¡llega y despierta con tu beso casto  
á la hermosa dormida!

## EN EL CAMPO

Me dijo la gardenia:—¡Soy muy blanca!  
Y yo le contesté:—¡No como ella!  
—¡Es celeste mi luz! murmura Sirio.  
Y—¡la suya es mejor!—digo á la estrella.

La alondra enamorada, en el encino,  
y el ruiseñor, oculto entre las flores,  
cantan alegres; los escucho y pienso:  
—¡Qué mal cantan los pobres ruiseñores!  
No hay pájaro que iguale las cadencias  
de la voz de mi amada: no hay lucero

que brille cual sus húmedas pupilas  
cuando me dice con amor:—¡te quiero!—

Llévate todo, ¡oh Dios! luz y perfumes,  
el rruiseñor, las flores y la estrella,  
todo lo hermoso que á la tierra diste...  
¡Pero déjame á ella!

#### CARTA ABIERTA

Tiene el amor su código, señora,  
y en él mi crimen pago con la vida;  
¡así es mi corazón!; ama una hora,  
es amado después, y luego... olvida.

En este tren expreso en que viajamos  
aman siempre al vapor los corazones,  
que así como el trayecto que cruzamos  
tiene el alma también sus estaciones.